



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

## **Hombre y mujer: ¿dos formas de trabajar?**

AQUILINO POLAINO LORENTE

Catedrático de Psicopatología y director del Departamento de la Universidad  
San Pablo-CEU

### **INTRODUCCIÓN**

Cuando comencé a preparar esta intervención, pensé si debería optar por exponer una síntesis apretada de mi experiencia clínica en Terapia Familiar. Pero, enseguida observé que en el programa inicial que me habían enviado aparecía un inventario de ítems, en los que al parecer tenían un especial interés. Así es que decidí adaptarme a lo que de mí se solicitaba. Por una vez, creo que no he sido rebelde, es decir, me he subordinado a lo que se me solicitaba en el programa. Ahora me alegro de haber procedido así, pues aunque he tenido que trabajar un poco más, considero que he afrontado cuestiones muy actuales, que tal vez no hubiera abordado de seguir mis propias opiniones. Por consiguiente, en las líneas que siguen, me limitaré a contestar a las cuestiones que se me plantearon.

### **HOMBRES Y MUJERES EN EL S. XXI**

La situación actual en que nos encontramos los hombres y las mujeres al inicio de este siglo XXI, no podría explicarse sin

apelar a ciertos antecedentes. En mi opinión, uno de los hechos con mayor capacidad de transformación social, que acontecieron en el siglo pasado fue, sin duda alguna, la revolución biológica que se produjo en el año 1960, al introducirse en el mundo el uso de los contraceptivos. Para mí este hecho histórico es uno de los más relevante del siglo XX, aunque el autor de estas líneas asuma que tal vez pueda equivocarse.

Sin apelar a este hecho —por primera vez en la historia de la humanidad, la mujer pudo controlar voluntaria y rigurosamente su fecundidad—, la incorporación de la mujer al trabajo hubiera sido imposible. Las primeras consecuencias de esa impensable revolución biológica fueron la revolución profesional, laboral y de la concepción social de la feminidad, que a aquella siguieron.

Es cierto que, lamentablemente, el hombre y la mujer no son todavía iguales ante el trabajo. Quiero traer aquí unos datos estadísticos mínimos, aunque muy actuales, de nuestro propio país (30 de abril del 2.004). España tiene una alta tasa de paro de alrededor del 11,5%. Las mujeres en paro alcanzan el 16%, frente a sólo el 8,2% de varones. El desempleo joven constituye el 30% del paro, y es bastante superior en la mujer que en el varón. La duración del desempleo en la mujer es superior al del varón en un 40%, durante el primer año y en un 60%, en el desempleo superior a dos años. Estos datos podrían hacernos pensar en que, probablemente, la política que se está siguiendo no es la acertada y, por tanto, hay que tratar de modificarla.

Como consecuencia de la masiva incorporación de la mujer al trabajo, comienza a plantearse el conflicto entre familia y trabajo. Como terapeuta de familia, he de manifestar que es el cáncer por donde se desangra España hoy es la separación y el divor-

cio. Una buena parte de los conflictos conyugales que acaban en separación o divorcio hunden sus raíces en este problema que hoy aquí nos concita. Por supuesto, que hay otros muchos motivos a los que apelar, a la hora de explicar estas lamentables rupturas. Pero en algunas de ellas, especialmente aquellas en que el matrimonio dura menos de un año, el conflicto entra familia y trabajo suele estar casi siempre presente. De aquí, que hoy se considere como uno de los posibles indicadores de riesgo de las rupturas conyugales.

En el fondo, podría establecerse un cierto paralelismo entre lo que acontece con el trabajo en el matrimonio y lo que sucede en el trabajo de la gobernación del Estado. En este último ámbito, el político puede orientar su trabajo a sólo permanecer en su escaño y sucederse a sí mismo, a favorecer y apoyar sólo a los de su partido o, sencillamente, a servir el bien común de los ciudadanos, o a todos ellos. Las diversas intencionalidades anteriores pueden tener su representación analógica en el contexto de la familia. El padre o la madre de familia puede dirigir su trabajo a robustecer su yo (realizarse, influir más en la sociedad, aumentar su popularidad e incrementar sus incentivos económicos), a amar su profesión por encima de todas las cosas (aumentar su prestigio, ampliar y hacer crecer su empresa, ser el primero de su especialidad), o puede dirigirse a amar por encima de todas las cosas el bien de su familia. Hay una cierta similitud cuando comparamos las crisis conyugales de los políticos y las crisis conyugales del ciudadano de a pie, desencadenadas por el conflicto entre trabajo y familia.

En las parejas de cualquiera de ellos suele encontrarse un «Yo gigante». Ese crecimiento expansivo del Yo de la persona se ha hecho a base de mucho trabajo —lo que, de suyo, es muy positi-

vo—, pero a expensas de ninguna o muy poca dedicación a la familia —lo que resulta intolerable. Esto manifiesta que es relativamente frecuente encontrar personas cuyo «Yo» profesional es gigantesco al mismo tiempo que su «Yo» familiar es enano. Hay en ellos, pues, un desequilibrio, un desajuste en el modo cómo se ha desarrollado y proyectado la propia identidad en los diversos contextos.

En las parejas donde hay un Yo gigante, solemos encontrar, casi siempre, un Tú enano. Donde hay un marido prestigiosísimo, que nunca tiene tiempo para nada, que siempre está muy ocupado, el Tú de la mujer es enano. Pero también pueden invertirse los términos. Allí donde una mujer tiene un Yo gigante —y en el contexto profesional las hay que lo tienen supergigante—, es fácil encontrar en el marido un Tú enano. El problema es que, en una situación así no se dan las condiciones necesarias para el encuentro entre el Yo y el Tú y, en consecuencia, no es posible que se genere un «Nosotros».

Entre ellos lo que se da más bien es el desencuentro. Desde mi experiencia como terapeuta familiar, puedo afirmar que el agigantamiento de cualquier Yo, aniquila el Tú y pulveriza el Nosotros. Lo que hay entre el «Yo» y el «Tú», lo que hay entre hombre y mujer es un desencuentro, algo que en definitiva contribuye a separarles, y en algunos casos a condicionar que la pareja se rompa. Pero aquí, como observaremos más adelante, no sólo se pulveriza el «Nosotros», sino que se olvida al «otro», se olvida por completo al «Vosotros» (los hijos).

En muchos casos, la razón de esa imposibilidad de conciliación entra familia y trabajo reside en la desarticulación que se produce en el modo de identificar y usar medios y fines, en el

ámbito personal. El fin de los esposos es la familia; el trabajo es un medio al servicio de la familia, que es el propio fin de los cónyuges.

Si los fines se transforman en medios, dejan de ser tales fines. Acaban por ser fines desfinalizados y mediatizados. Pero, entonces, la actividad profesional pierde su sentido y deviene en una actividad sin propósito, sin finalidad o teleología alguna. Cuando una persona actúa sin ningún fin o por un fin equivocado, se dice de ella que ha perdido el juicio. Cuando una persona ha hecho de su trabajo su único fin, entonces el trabajo ha dejado de ser un medio y se ha convertido en un fin, lo que constituye un despropósito. Si los medios se vuelven fines, la vida humana pierde su significado y valor, y se transforma en una vida mediatizada, manipulada y desvivida.

El trabajo ha de estar subordinado siempre a la familia. La familia es la instancia subordinante a la que el trabajo de ambos cónyuges ha de subordinarse. No hay, pues, paridad entre trabajo y familia. El motor del trabajo es la familia; pero el motor de la familia es el amor. El amor a la familia ha de ser superior, anterior y de un orden diverso al amor a la profesión.

Los errores en esa articulación entre familia y trabajo condicionan la emergencia de conflictos y rupturas conyugales. Importa menos fracasar en el trabajo —si la persona continúa siendo admirada y apoyada por su propia familia—, que fracasar en la familia —porque el apoyo que pueda encontrar en el trabajo no puede sustituir al que es propio de la vida familiar.

Una persona puede fracasar en su trabajo y más tarde superar ese fracaso, si triunfa en su vida familiar. Lo que no cabe es fracasar

sar en la familia, hacer que ésta se rompa, aunque sea a causa del triunfo profesional. Una vez rota la familia, se incrementa la probabilidad de fracasar también en el trabajo, y, en cualquier caso, ¿de qué le sirve a la persona haber triunfado profesionalmente si eso conlleva la destrucción de su familia? De otra parte, en algunas rupturas familiares es casi imposible restañar en la práctica esas heridas y/o superar esa fractura. Esto demuestra que es más fácil rehacerse de un fracaso profesional que de una ruptura familiar.

### **HOMBRE Y MUJER: ¿IGUALES O COMPLEMENTARIOS?**

Hombre y mujer son iguales en cuanto que personas y, por tanto, con iguales derechos ante la ley, por ser idénticos destinatarios del respeto y dignidad que se deben a la persona. Pero hay un hecho diferencial que les distingue y diversifica: lo que hace que una sea mujer y el otro hombre. Esta diversidad hunde sus raíces en la biología y se presenta como un hecho tozudo y casi imposible de modificar. Mujer y hombre son iguales en tanto que personas, pero están modalizados de forma diferente, en lo relativo a su condición sexuada.

El pensamiento de que la condición sexuada se identifica con la mera genitalidad de cada uno de ellos, es una opinión –además de reduccionista y simplificadora– muy incorrecta. Hecho diferencial y genitalidad no son términos sinónimos. La diversa genitalidad, como las diferencias morfológicas, hormonales o constitutivas del hombre y la mujer comienzan y tienen su origen en algo mucho más importante: su diferenciación sexual cerebral.

La diferenciación del cerebro del hombre y la mujer comienza ya en la gestación, y depende de las hormonas producidas por

la placenta. La placenta excreta unas u otras hormonas, en función del sexo que tenga el embrión, cuyo desarrollo cerebral ellas dirigen. Por tanto, antes de nacer, mucho antes de nacer, en cualquier hombre y mujer, en cualquier niño y niña, en cualquier mamífero –porque esto sucede también en todos los mamíferos superiores–, comienza a producirse una estructuración cerebral muy diferenciada, según el sexo. Esa diferenciación cerebral, según sean hombre o mujer, les acompañará durante toda la vida. Tal proceso diferenciador sucede hasta el momento del parto. Hasta ese momento se diría que lo que dirige el crecimiento y diferente desarrollo del embrión es el sistema hormonal de la madre (la placenta). Después del parto se produce un cambio en las estructuras de «poder», que pasa ahora al sistema nervioso, a cuyo «mandato» se subordina el sistema hormonal y el funcionamiento de los demás órganos y aparatos.

El largo camino de la diferenciación biológica entre el hombre y la mujer se prolongará luego en el entorno familiar, educativo y social, ámbitos que también colaboran a esta diferenciación, a través de normas, usos y costumbres, mucho menos dependientes de la biología y más subordinados a otros factores culturales.

Es difícil ofrecer una respuesta satisfactoria respecto del porqué de esta diferenciación de las personas según su sexo. Desde luego, esa diferenciación no parece que esté programada para la confrontación, el desencuentro o la competitividad entre la masculinidad y la feminidad. Es cierto que algunos de los rasgos y características culturales que se han atribuido a cada uno de los sexos no siempre han estado bien fundamentadas y, por eso, han de cambiar, sin que prácticamente se modifique en nada la diferenciación cerebral del hombre y la mujer.

Un estudio atento y pormenorizado –y en la medida de lo posible exento de prejuicios y estereotipias– de estas diferencias entre el hombre y la mujer, desvela y pone de manifiesto que su finalidad no es otra que la de la complementariedad entre ellos. Es decir, esas diferencias entre la mujer y el hombre que se establecieron desde la biología, en una etapa muy temprana de la vida, se orientan a la ayuda mutua, al perfeccionamiento de ambos, a complementarse entre ellos.

Pondré un sencillo ejemplo de lo que se está aquí afirmando. Un hombre puede y hasta debe conocerse a sí mismo, a fin de conducir su vida en libertad. Ese conocimiento es, qué duda cabe, algo difícil y desde luego siempre incompleto. De hecho, el hombre no se conoce nunca a sí mismo en la totalidad de su ser, aunque dedique mucho tiempo a estudiarse a sí mismo, condición que no siempre es aconsejable a fin de no incurrir en el narcisismo o el aburrimiento. Nadie negará que el conocimiento personal es una tarea reservada a la intimidad de cada persona y que, de suyo, es insustituible, es decir, que nadie puede sustituir a la propia persona en el conocimiento de sí misma.

Pues bien, ese conocimiento será muy incompleto, si hombre y mujer no se encuentran o relacionan. Porque hay segmentos de la singular masculinidad o feminidad de cada persona que sólo se desvelan en el encuentro con la persona del otro sexo (el conocimiento de sí mismo en y a través del otro). De no darse esa relación, esas peculiaridades de uno y otra permanecerán sumergidas en la opacidad de la ignorancia que las vela. Por contra, si ambos se relacionan, esos rasgos emergerán y aflorarán, desvelándose en la misma relación, lo que contribuirá a que cada persona se conozca mejor a sí misma y pueda conducirse sin demasiados errores a su propio destino.

He aquí una razón más para poner de manifiesto el derecho del niño y de la niña al padre, a la madre y a las buenas relaciones que ha de haber entre ellos. Un niño o una niña –como se ha probado hasta la saciedad en la psicología evolutiva– no se comporta de forma igual ante su padre o su madre. Del mismo modo que el padre y la madre no se comportan igual en la forma en que se relacionan con su hijo o su hija. Y esto, en buena parte, no es fruto de un mero aprendizaje social (Vargas y Polaino-Lorente, 1996).

Estas diferencias –que son muy variadas en lo que se refiere, por ejemplo, a la imaginación, percepción, afectividad, orientación, memoria, etc.– son las que deberían fundamentar un equilibrado reparto de las diversas funciones que llevan a cabo los padres en el ámbito del hogar. Y ello sin que la mujer, que también trabaja fuera del hogar, casi duplique el horario laboral de su marido.

Estas diferencias son sencillamente enriquecedoras para la mujer y el varón, y también –cómo no– para los hijos y su desarrollo. Por eso sería estúpido que uno de ellos tratase de dejar de ser quién es para imitar al otro. La unidad entre ellos –que sí es una exigencia de la felicidad conyugal– no ha de confundirse con la identidad entre ellos. La identidad entre ellos constituiría, además de una utopía, una opción errónea, porque los confundiría todavía más en su identidad. La unión sin confusión entre el hombre y la mujer exige la aceptación de las diferencias que hay entre ellos y el respeto a la identidad que es propia de cada uno/a. Cuando esas diferencias se respetan, acaban por hacerse convergentes y optimizan el resultado del complejo y difícil trabajo familiar. Cuando esto sucede, ambos se complementan, ambos ganan –también sus hijos–, sin que nadie pierda.

La igualdad en cuanto personas es compatible con la diversidad psicosexual de la mujer y el hombre. Algunas de las contradicciones de los diversos feminismos han radicado aquí, precisamente: en el intento de desnaturalizar el heteromorfismo cerebral en el que se sustenta la diversidad personal.

Cuanto menos trate la mujer de imitar al varón tanto más será ella misma, tanto más le atraerá, tanto mayor será su capacidad potencial de complementarle. De otra parte, es inútil que la mujer imite al varón, o viceversa. Eso constituye un imposible metafísico. ¿Cómo el yo puede elegir para sí mismo otro yo, distinto de sí mismo, y todo ello a partir del propio yo que hace esa elección? Más que de una verdadera imitación, lo que suele acontecer en estos casos es que se roza el comportamiento que es propio de la simulación, una conducta varada en la impostura que desfigura el ser de quienes pretenden así conducirse. Ni imitación del otro ni simulación de sí mismo. Basta con la aportación natural —y, si es posible, por entero— de la persona que se es. De ello depende, entre otras cosas, el enriquecimiento sociocultural

Por el contrario, cuanto más se profundiza en el propio ser, cuanto más se crece en sí mismo, más claras y diáfanas son las diferencias que en el hombre y la mujer se manifiestan, y ese incremento de la diversidad resultante es, precisamente, el que reobrando sobre ambos, acaba por enriquecerlos. Se diría que la eclosión de la diversidad emergente corre pareja en el matrimonio al enriquecimiento de la identidad personal. Pero, a causa de ello, es preciso llegar luego a un equilibrado reparto del poder y de la toma de decisiones.

Lo ideal y lo natural es que cada persona se acepte a sí misma, trate de conocerse mejor y procure sacar lo mejor de la per-

sona —también de la masculinidad o feminidad— que lleva dentro. La diversidad nos atrae y enriquece; el igualitarismo isomórfico nos desmotiva y empobrece. Pero es preciso que todos nos esforcemos por acoger y tolerar la biodiversidad de que somos portadores, hasta el punto de aceptar al «otro», también en lo que se refiere a sus propias limitaciones.

### **LA CONCILIACIÓN ENTRE FAMILIA Y TRABAJO ES TAREA DE HOMBRES Y MUJERES. ¿HASTA DÓNDE TIENE EL HOMBRE ASUMIDO SU PROPIA MISIÓN EN LA FAMILIA?**

La conciliación entre familia y trabajo es algo que resulta hoy especialmente complejo, a causa de muy diferentes factores. En realidad, todavía pervive el viejo modelo de pareja en la que de padre era el proveedor o abastecedor económico de su familia, al mismo tiempo que el delegador de todas las otras funciones parentales —incluida la educación— en la madre. Esto no es sostenible, pues como hemos demostrado en otro lugar (Vargas y Polaino-Lorente, 1996), los hijos necesitan desde que nacen del apego de sus padres varones.

Ese apego no acontecerá si no se da entre padres e hijos una relación estable y rica en afectos, comunicación y cuidados. Los hijos precisan de la seguridad, la unidad y la protección que suelen atribuir a sus padres varones. Si estos no satisfacen esas necesidades básicas de sus hijos, durante los tres primeros años de la vida, es muy posible que se afecte su desarrollo cognitivo, emocional y social.

La excesiva presencia del padre en el contexto laboral no justifica su ausencia del contexto familiar. Es decir, no debiera ha-

ber padres «deslocalizados», si se me permite esta expresión del ámbito empresarial. Los mejores resultados en los hijos no se obtienen permaneciendo más horas fuera del hogar. La «deslocalización» del contexto familiar por parte del padre, constituye una ruina de esta empresa humana fundamental que es la familia. En este punto, considero que no debiera admitirse una desigual responsabilidad entre el padre y la madre. La ausencia física del padre puede hacer mucho más daño psicológico a su hijo que la natural ausencia que se produce cuando el padre fallece.

Es en los padres donde ha de darse un mayor empeño por conciliar familia y trabajo. Es cierto que esa problemática conciliación está más presente hoy en el mundo de la mujer –dadas las responsabilidades que asume respecto de la crianza de los hijos–, pero también ellas tratan de arbitrar las necesarias estrategias para alcanzarla. Por contra, muchos de los padres actuales todavía ni siquiera se han llegado a plantear el problema (Polaino-Lorente, 2003 y 2004).

Otro ámbito donde se muestran las consecuencias de estos problemas es en la escuela. Las aulas constituyen observatorios emblemáticos donde estudiar estos problemas. Los padres suponen que la educación de su hijo es algo que compete a la escuela o a la universidad donde su hijo estudia; que él ya hace bastante –esa es la misión que se ha dado a sí mismo– con pagar los gastos que comporta la educación de su hijo. Esta es una verdad muy incompleta, una media verdad que acaba siendo una completa falsedad. Es misión de los padres –de ambos– la educación de sus hijos, un deber que no es delegable en modo alguno, en lo que se refiere a su propia sustancia. Lo que sí son delegables son aquellas funciones en las que se necesita de la profesionalidad de un experto para la formación del hijo. Pero ese experto profesor ha de saber que la función que está realizando es una

función que los padres le han delegado y los que, en cierto modo, pueden pedirles cuentas.

No exagero si les manifiesto mi preocupación sobre este particular; una preocupación que se acuna en mi diaria actividad como Profesor universitario. Algunos de mis alumnos tienen problemas y no los tendrían –seguro estoy de ello– si hubieran tenido el necesario, afectivo y efectivo contacto con sus respectivos padres varones. Los profesores no podemos actuar como terapeutas. Pero lo que algunos de ellos precisan, no obstante, es hacer psicoterapia –para resolver el conflicto que tienen con la figura del padre–, de manera que encuentren la forma de superar los problemas suscitados por ese déficit de paternidad.

Nada de particular tiene, que en muchos de ellos se advierta el hambre de paternidad, una voracidad tal que les desajusta y desquicia, y que sólo puede satisfacerla su propio padre. Ningún profesor, en su relación con los alumnos, debiera sustituir al padre, precisamente en lo relativo a las consecuencias que ha generado la «deslocalización» del padre en el hogar.

La relevancia de la figura paterna se ha puesto de manifiesto, por ejemplo, en las eficaces aportaciones a los hijos que han demostrado tener los varones que están al frente de familias monoparentales (el 15% de las familias monoparentales en EE.UU., están bajo la custodia del padre; cfr. Polaino-Lorente, 2004). Por el contrario, la ausencia del padre, de la que se tratará a continuación, demuestra también que su función en la familia es irrenunciable.

La madre, que también trabaja fuera de casa, suele convertirse en una *superwoman*, lo que genera malas consecuencias para su salud psíquica y la educación de sus hijos. Esto pone de ma-

nifiesto que el problema de la conciliación familia/trabajo todavía no está resuelto y que es algo que afecta a hombre y mujer –además de a las respectivas empresas en que trabajan– y, por eso mismo, ambos han de tratar de resolverlo.

El matrimonio es una estructura bicéfala y no una monarquía unipersonal. Las dos cabezas que se concitan en la familia pueden alternarse, suplirse, completarse, delegarse, sustituirse o implicarse simultánea o sucesivamente –según convenga– en la educación de los hijos.

La igualdad de oportunidades exige aquí la igualdad de responsabilidades, es decir, la co-responsabilidad de ambos progenitores, sin la «deslocalización» de ninguno de ellos. Ahora bien, la co-responsabilidad no es igualitarismo. De aquí que sea necesario evitar el reparto igualitario de las tareas familiares, con independencia de que estén fundamentadas o no en el heteromorfismo autoconstitutivo que es propio de cada progenitor.

Sería muy conveniente que las funciones de las que se ocupan cada uno de ellos estuvieran diseñadas de acuerdo a lo que a cada uno de ellos les caracteriza mejor, aprovechándose de cuáles son sus mejores rasgos y características, a fin de que la asunción de las funciones que les correspondan constituyan también el menor peso y generen la mayor eficacia posible.

### ¿NECESITAMOS TIEMPO REAL PARA DEDICAR A NUESTROS HIJOS Y/O PERSONAS DEPENDIENTES?

Comenzaré haciendo una pregunta ingenua: ¿Qué les queda a los hijos del trato con sus padres? No me refiero a los conteni-

dos del estricto ámbito de lo económico, porque eso no es comparable con lo que los hijos necesitan de sus padres. Además, lo económico, el patrimonio que hoy les puede quedar a los hijos es, en la mayoría de las familias, muy poco significativo. En eso no se puede fundamentar la propia identidad personal. Es posible que el padre haya trabajado horas extras para dejarles algo a los hijos el día que muera. Eso no está mal, pero no es lo necesario, especialmente si esas horas forzosamente se han detraído de la convivencia familiar.

Se trata, pues, de contestar a la pregunta antes formulada de ¿qué les queda a los hijos del trato con sus padres? La pregunta incide en «el trato con sus padres», y no en el patrimonio económico familiar. La pregunta hace referencia a lo que pudiéramos denominar con el término de *patrimonio vital*, es decir, a las vivencias que desde niño han quedado marcadas en su corazón de persona y que no le abandonarán a lo largo de su vida. Son recuerdos, experiencia de la vida, correcciones tal vez, momentos relevantes, acaso alegría compartidos estrechamente entre padres e hijos, costumbres, ratos de conversación en que la intimidad se ponía a la entera disposición de los hijos, escenas relativas a la educación en valores que han quedado cristalizadas en las sensibles retinas de la infancia.

Estos y otros muchos y diversos detalles son los que, en mi opinión, constituyen ese patrimonio vital al que antes se aludió. Me estoy refiriendo, en definitiva, al estilo de vida singular y propio de cada familia, a cuyo través se articulan los trazos fuertes sobre los que se sostiene la cercana y continua convivencia entre padres e hijos. Son precisamente esas relaciones entre la madre y cada uno de sus hijos, y el padre y cada uno de ellos, además de entre el padre y la madre en presencia de ellos, las que

acaban consolidando un tejido familiar robusto y bien implantado, que actúa o sirve de apropiado marco de referencias para que los hijos identifiquen las pertinentes señas sobre las que asentar su identidad personal.

Para todo esto lo que se necesita es tiempo, una cierta duración de la convivencia familiar estrecha y compartida. En realidad, ¿cuántos son los años que conviven padres e hijos? Tal vez 25 o un poco más, de seguir la actual moda de «no querer marcharse de casa». Pero ese periodo es muy corto, si lo contemplamos desde la perspectiva de todo lo que los padres han de dar y aceptar de sus hijos. Basta para darse cuenta de ello con que nos preguntemos cada una de las personas que estamos aquí, y que ya tenemos cierta edad, lo que sigue: ¿Cuántas horas, a lo largo de los años que convivimos con nuestros padres han sido para nosotros significativas, relevantes, inolvidables?, ¿cuántas de ellas han dejado un poso en nosotros, sin cuya presencia en nuestra intimidad no nos reconoceríamos a nosotros mismos?, ¿no habríamos agradecido que hubiera sido más tiempo el que nos dedicaron y más denso en lo que compartimos con ellos?, ¿tiene esto algo que ver con los esfuerzos económicos que nuestros padres hicieron para llevarnos a un buen colegio? No, a lo que parece, incluso agradeciendo y valorando en mucho las enseñanzas del colegio donde nos llevaron, el patrimonio vital es otra cosa.

Esto quiere decir que los padres precisan del necesario tiempo para la educación de sus hijos. Esa educación va entreverada de afecto y exigencia, de admiración y sorpresa, de enojos y malos ratos, de alegrías radiantes y de lo que hace que los padres se sientan orgullosos de sus hijos, y siempre de forma adecuada a la singular personalidad de cada hijo. Para que se dé esto es preciso que el padre esté allí donde nacen esas relaciones salpicadas de

anécdotas, aprendizajes y travesuras. Y si el padre no está —aunque luego la mujer se lo cuente—, el padre ni se entera ni lo disfruta. En la historia biográfica de cada hijo hay momentos estelares —al menos para él—, que no debieran pasar inadvertidos a los padres. Si los padres están presentes cuando esto sucede, es muy posible que intervengan y justo eso es lo que le queda al hijo gravado para toda su vida.

La vida es breve, el tiempo de exposición a los hijos escaso, y la muerte segura. De aquí que no convenga vivir el tiempo familiar como un tiempo de rutina, cansancio y aburrimiento. ¿Es que acaso hay algo más novedoso e importante que la educación de los hijos, que el fortalecerles en lo que valen, que robustecer su propia seguridad, que animarles a sentirse orgullosos de ser como son y de proceder de los padres que tienen?

No se puede amar a un hijo por delegación de otro. El amor es tan personal que no tiene clonación posible. Los fuertes brazos de un padre que aprieta a su hijo contra su pecho no es comparable a la suave caricia de la mano de su madre que le desordena un poco el cabello. Ninguno de ellos sustituye al otro, como tampoco ninguno de ellos es delegable al otro progenitor. Si en la actualidad tienen hijos que conviven con ustedes, recuerden qué hubieran deseado cuando pequeños y piensen en los gestos y conductas positivas de sus padres, por lo que están agradecidos. Y después, traten de hacer algo parecido con sus propios hijos.

Les bastaría con cerrar los ojos y recordar su propia historia para entregarse, divertirse y disfrutar más de sus hijos, ahora que todavía pueden hacerlo. Recuerden, por ejemplo, aquel paseo por la playa de la mano de su padre, hablando de cosas intras-

centes y amables –ninguna importante, ninguna referida a las buenas o malas notas, ni al futuro, ni a lo difícil que está la vida–, sino sencillamente gozando de temas sencillos a la vez que sentían la ternura y la fortaleza masculinas, su apoyo incondicionado, la seguridad de su amor varonil. ¿Lo recuerdan? Ese es el contenido del patrimonio vital de que estamos hablando. Esto forma parte –y parte importante– de la riqueza que dejan los padres a sus hijos. De ello depende el que los hijos se sientan y conduzcan en su vida como personas seguras o inseguras.

Esto es lo no puede hacer ningún colegio, profesor o tutor, respecto del niño, por muy alto que sea su prestigio como educador. Tampoco lo puede hacer ningún Profesor de Universidad, por motivado que esté y lo mucho que se entregue a la formación de sus alumnos. Este modo de educación, de pasar el «testigo» de una a otra generación no hay quien lo cambie.

Aunque sean muchos los cambios de roles que se han introducido en la vida familiar, la presencia del padre y de la madre en estas relaciones continuará siendo una de las constantes, venturosamente inmodificables, para el bien de los hijos. A los padres les ayuda mucho a educar así a sus hijos las disposiciones naturales con que cuentan. Pero es necesario recordarles que precisan tiempo, que han de sacar ese tiempo imprescindible, esa parte de sus vidas que tan necesarias son para sus hijos y para su propia satisfacción personal como padres.

Se ha dicho que la familia es el único lugar donde cada persona es querida por ella misma y no por lo que vale, por lo inteligente, guapa o simpática que es, etc. Es en el escenario familiar y para cumplir lo que se acaba de indicar donde el padre ha de comparecer. Soy consciente de que estoy exigiendo mucho al pa-

dre, de que en cierta forma estoy tirando piedras contra el tejado de mi propia masculinidad, y es verdad. Pero es que el padre se nos ha escapado tantas veces, durante tanto años, que casi nunca sabemos donde están. Ahora, como nos descuidemos, se nos escapa también la madre. Mientras tanto, los hijos son los olvidados, los insatisfechos, los perdedores de este juego terrorífico en el que ellos ni siquiera han sido invitados a participar. Algunos colegios –es necesario reconocerlo– son maravillosos, aunque cada vez más caros. ¿No les parece que todo esto entraña un enorme contrasentido?

Una de las claves de este contrasentido tal vez esté en que la educación familiar está montada sobre un erróneo modelo antropológico. Me refiero, claro está, a que la familia se ha victimizado. Tener hijos se percibe hoy socialmente como complicarse la vida, dejar de pasárselo bien, estar continuamente al borde del drama y la tragedia, en definitiva, un modo absurdo de perder la libertad. Este modelo es falso, y se ha alzado sobre una gigantesca mentira: la de quienes dicen haber encontrado la felicidad en el individualismo radical.

La única verdad de ese modelo victimista es que los padres que tienen hijos precisan más tiempo y que van más cargados que los que no los tienen. Esto es lo que da una cierta verosimilitud al eslogan y ayuda a sostenerlo. Pero si se analiza en detalle, lo que en él se concluye es una abierta falsedad.

Sin hijo no hay padre ni madre; pero sin padre y madre tampoco hay hijo. Es decir, ninguna mujer llega a ser madre si no es porque el hijo que de ella nace la hace ser madre; y lo mismo puede afirmarse respecto del padre. Es cierto que la maternidad, como la paternidad, entraña una pesada carga de responsabilidad

y sacrificio, pero también —y esto es lo que se suele omitir sistemáticamente en el discurso individualista—, de alegría, gozo y felicidad; de experimentarse rodeado de los nuevos valores que comportan la paternidad; de recrearse en un ser que procede de su propio ser y que, no obstante su pequeñez y desvalimiento, es una persona y está dotado de libertad.

Además, no es tanto el sacrificio que conlleva la maternidad y paternidad. ¿Qué es lo que piensa esa madre cuando a las doce y cuarto, antes de irse a dormir a su cama, abre con mucho cuidado la puerta del dormitorio donde duerme su hijo y lo observa absolutamente relajado y plácidamente dormido, como un angelote de Murillo?, ¿es a escenas como esas a las que se refieren los del modelo victimista? La mirada a los ojos de un hijo —a las personas hay que mirarlas a los ojos— y comprobar la luz que titila en sus inocentes pupilas, todavía no mancilladas por la mentira y la corrupción, ¿eso es lo que hace sufrir a los padres? ¡Y los padres que no tienen ningún ojo filial al que contemplar?

El contemplar la mirada inocente, ingenua, creativa, confiada, alegre y estimulante de un niño, ¿también les hace sufrir mucho? ¿No será tal vez que lo que hace sufrir de forma horrorosa al padre es el observar cómo su hijo de siete años, mientras discute o juega con sus compañeros, comienza a hablar con orgullo de su padre? Es posible que esta escena les cause también un tremendo sufrimiento.

Todo esto y mucho más es lo que en la actualidad se están perdiendo muchas parejas en nuestro país, gracias a ese modelo victimista de la familia que tanto se ha prodigado. La felicidad de la pareja no consiste en sólo el placer. La felicidad de la pareja, como la de cualesquier otras personas, ha de estar abierta a al-

guien que la trascienda, y ese alguien —en el caso del matrimonio— es siempre el hijo.

De otra parte, ¿cuál es el fin que les espera a las parejas que, acaso por miedo al sacrificio, optaron por no tener descendencia? A algunas de ellas la soledad, una soledad que crece de día en día en la misma medida en que crecen las expectativas de la vida humana. Son muchas, también hoy, las personas mayores que mueren solas, probablemente porque se asustaron ante el sacrificio que suponía, según se decía entonces, tener hijos. ¿Es que estas lamentables situaciones no conllevan también una buena parte de sacrificio, amargura, desvalimiento, soledad, etc.? Entonces, ¿por qué no se habla de ellas?

En este último caso, la atención a las personas mayores, también se precisa tiempo, algo en que las parejas han de pensar y programarse muy bien, pues se sentirán llamadas a atender a sus mayores, por lo menos de la misma forma en que ellos desean ser atendidos por sus hijos, cuando alcancen la edad madura. Y, una vez más, hay que poner el énfasis en que la familia exige tiempo.

Voy a leer un fragmento reciente de una autora italiana, que dice así: «Ser amado cuando somos los héroes o los primeros de la clase, ni siquiera nos produce mucha satisfacción. Pero ser amados cuando somos y nos comportamos como unos gusanos, ah, esto sí que es algo que conmueve a las entrañas del mundo, algo que provoca un estupor capaz de dar nueva vida a quien recibe un amor así».

Los padres han de volcarse en sus hijos, y si uno de ellos es un poco «trasto», pues todavía más. En esto consiste el querer de

los padres. Y quererlo más no significa tenerlo entre algodones, ni protegerlo contra la lluvia llevándole siempre el paraguas, ni permitirle que se rijan por el único criterio de «gusta/no gusta», ni mucho menos someterse al filiarcado, de forma que sea el hijo el que tenga el gobierno de la casa.

El amor es más fuerte que la muerte. Amar fuertemente al hijo significa darle la entera persona de su padre, que tanto necesita, al mismo tiempo que también se le exige fuertemente, de manera que se le ayude a sacar la mejor persona que lleva dentro. No se debiera disociar el amor de la exigencia y de la fortaleza, y todo ello —si fuera posible—, con muy buen humor. Para llevar a cabo esta importante misión es imprescindible, una vez más, dedicar el tiempo necesario.

En esta pelea en que todos ustedes están luchando por hacer una sociedad mejor, dedicar tiempo a la familia es una de las estrategias más importantes y eficaces. Si desean evaluarse a sí mismos acerca de cómo va su familia, les aconsejo que tengan la paciencia, cada noche, de examinar cuántos minutos han hablado o le han dedicado a cada uno de sus hijos, sin entrar en temas de rendimiento escolar, orden en la casa, etc.

Se trata de hablar de ellos y de sus proyectos, de cómo se perciben, de lo que piensan, de los amigos que tienen, de sus pequeñas alegrías y dificultades, es decir, de los temas que son más personales. Esta podría ser, en algunos casos, una rigurosa foto de cómo están viviendo la paternidad y la maternidad y de cómo pueden mejorarlas. Así, si un día apenas le han dedicado a un hijo tres minutos quince segundos —y piensan que ese tiempo es insuficiente—, pues al día siguiente habrá que intentar dedicarle nueve minutos a él solo, aunque no se sepa muy bien de dónde sacarlos.

Lo mismo hay que sostener respecto de las personas deficitarias, las personas dependientes o de la tercera edad, que viven con ustedes. Es cierto que hoy la vida dura mucho más que antes y que hemos dado muchos más años a la vida. Pero, ¿hemos dado más vida a esos años? No, no parece que haya sido así. Esto también depende del padre y la madre, en tanto que hijos e hijas de sus respectivos padres, de su familia de origen.

Los padres de mediana edad están frente a una doble exigencia: la de cuidar de sus padres y la de educar y criar a sus hijos. Es decir, que constituyen el contenido de un relevante sándwich intergeneracional. Esto pone de manifiesto que el tejido social forma una cadena, en la que cada pareja es un eslabón que está unido al eslabón anterior (sus padres) y al eslabón siguiente (sus hijos). De aquí que sea tan urgido y extenso el tiempo que han de dedicar a la familia.

El ensamblaje entre los eslabones de la cadena generacional pasa por la fortaleza del eslabón intermedio que son los jóvenes padres. De ordinario, si una persona se comporta como un mal hijo respecto de sus padres, es harto difícil que se conduzca como un buen padre respecto de sus hijos. Pero a su vez, si una persona no es buen padre respecto de sus hijos, es muy improbable que sus hijos se comporten luego como buenos hijos respecto de ella, cuando sea anciana.

Observen las repercusiones sociales que genera no tratar de vivir bien la ética de la equidad intergeneracional. De acuerdo con el análisis de las actuales tendencias en el crecimiento y decrecimiento de las poblaciones, se ha estimado para el año 2.050 que la edad promedio de los habitantes de Estados Unidos —incluidas todas las edades, todas las razas, etc.— será de 40 años. El

promedio de edad estimada que tendrá la población española en ese mismo año, de continuar con la actual tendencia demográfica, será de 52 años: la población promedio mayor del mundo. De cumplirse estas estimaciones, en el año 2005 cada trabajador activo en nuestro país deberá contribuir al mantenimiento de casi cuatro personas que, por su edad o incapacidad no podrán trabajar.

### **CONSECUENCIAS DE LA AUSENCIA DEL PADRE EN LA FAMILIA: EFECTOS PSICOLÓGICOS Y PSICOPATOLÓGICOS EN EL HIJO**

¿Qué consecuencias tiene esto de que el padre esté ausente respecto de los hijos? Para no cansarles y ahorrar tiempo, les remitiré a un trabajo ya publicado (Polaino-Lorente, 1994). Aquí les ofreceré una apretada síntesis de lo que allí se expone. En los hijos cuyos padres están ausentes o apenas se relacionan con ellos aparecen sentimientos de orfandad y de abandono (como si fuera a causa de que él no vale nada y, por eso, su padre no le quiere ni le dedica tiempo alguno); una filiación que estará durante mucho tiempo inacabada; la génesis de una identidad siempre doliente y resentida, además de generarse en ellos un importante déficit en la autoestima personal (Polaino-Lorente, 2004).

El hijo del padre ausente suele argumentar del modo siguiente: «Si me porto bien, me quieren; si no me porto bien, no me quieren. Es así que nunca me quieren, luego debo de ser un demonio», ¿puede un niño vivir rechazándose continuamente a sí mismo?, ¿se puede querer a alguien, si uno no se ha sentido querido, si ni siquiera se quiere a sí mismo? Son preguntitas sencillas, sobre las que tal vez puedan luego reflexionar.

Si están hambrientos de autoridad y sedientos de seguridad, no saben qué hacer, se sienten excluidos de su propia familia, tienen un miedo tremendo a dialogar con el padre porque hasta ahora sólo han sufrido el monólogo punitivo a cuyo través se les ha corregido.

Cuando los padres varones dicen: «Hijo, tenemos que hablar»; —mal asunto. Este es un tópico muy estereotipado, pero absolutamente verdadero. ¿Quién habla cuando el padre dice «tenemos que hablar»? El padre. ¿Hay dialogo entre padre e hijo? No, y por eso al hijo lo que le dice su padre le entra por un oído y le sale por otro, porque se trata, según informa el hijo, del mismo «rollo» de siempre.

El padre se repite porque no ha preparado lo que le ha de decir a su hijo. En cambio, cuando habla con sus subordinados en la empresa, sí que prepara con toda atención lo que les va a decir, además de comentar con ellos otros temas no profesionales que facilitan el diálogo entre ellos. ¿Cuándo hay verdaderamente diálogo entre padres e hijos? En mi opinión, cuando en una conversación de 30 minutos, por ejemplo, el 70 % del tiempo el padre pregunta y escucha al hijo —sobre todo escucha al hijo—; un 15 % del tiempo el padre habla con el hijo; y en el otro 15% se da el silencio, la reflexión acerca de lo que se ha hablado, o se emiten gestos de asentimiento, afirmación y confianza, a través de los cuales se manifiesta que lo proyectado puede y quiere hacerse.

Por consiguiente, decir «tenemos que hablar» significa: yo estoy preparado y tengo actitud de escuchar; yo voy a preguntarte cosas, porque me interesa mucho saber cómo piensas, cómo te planteas y resuelves tus problemas, qué idea tienes del mundo,

qué se está fraguando en el hondón de tu intimidad, qué te preocupa, qué te entristece, qué te alegra, qué proyecto de vida tienes, aunque apenas tengas cinco años.

Así es como se conoce al hijo. Hablar con el hijo de cinco años no consiste en manifestarle que es un desastre, que no se lava las manos antes de las comidas, que siempre llega tarde, que tiene a su madre quemada, que nos estás haciendo sufrir mucho... Este discurso sirve para muy poco; en el mejor de los casos para que el hijo se sienta culpable, disminuya su autoestima, y tema tener que volver a hablar cualquier otro día con su padre.

Entre los hijos que apenas han convivido con su padre —que siempre estaba trabajando y ausente de la familia—, es fácil reconocer ciertas disfunciones cognitivas, déficit intelectuales, privación afectiva, disminución del nivel de aspiraciones, sentimientos de inseguridad básica, déficit de autoestima y, en algunos casos, una mala elaboración y desarrollo de la identidad sexual.

Entre las características que configuran el perfil psicológico de los hijos apátridas, como consecuencia de la ausencia del padre, se encuentran la orfandad, mitad fingida mitad real, el abandono sin precedentes y el miedo y el desprecio al padre simulador y fingido que han conocido.

Seducidos por la madre e incapaces de escapar del anidamiento materno, se manifiestan como hijos inacabados y dolientes, en los que suele hacer presa un prolongado, si es que no perpetuo, resentimiento. Hambrientos de autoridad y sedientos de la seguridad que el padre debería haberles proporcionado, se perciben como hijos que no han sido completados en su desarrollo personal.

Sentirse excluido del mundo del padre; experimentar que apenas se les dedica tiempo; percibirse como un extraño ante la persona de quien se procede y a la que tal vez se desea admirar sin que se encuentre nada que sea digno de ello, condiciona en ellos que crezca todavía más su inseguridad. De aquí su temor a dialogar con el padre.

Son niños que no pueden resolver ciertas dificultades propias de la edad y de la inexperiencia de la vida, lo que hace que aumenten en ellos las dudas y temores, los déficit en autoestima, la inhibición, los autoconceptos negativos, la incompreensión de sí mismos y del mundo, la intolerancia de las pequeñas o grandes frustraciones, los errores derivados del inapropiado conocimiento personal, las crisis de valores, las primeras dificultades en las amistades y en las relaciones con las chicas, la experiencia del fracaso, el temor a hacer el ridículo, la incapacidad para practicar ciertos deportes, etc.

Los hijos apátridas se perciben a sí mismos como personas inacabadas, jóvenes desfinalizados, autoconfigurados apenas como permanentes hombres-adolescentes que son incapaces de tomar decisiones o adquirir compromisos, y prontos a evitar cualquier esfuerzo.

La privación afectiva comporta una seria amenaza respecto de la educación amorosa. Y ello no tanto porque la mayoría de los padres, en la educación familiar, no atiendan explícitamente a este importante sector de la formación de la personalidad, sino más bien porque no han podido presenciar —como cualquier hijo en una familia normalmente constituida— los modelos de comportamiento afectivo de sus respectivos padres, modelos que tan eficaces son para el aprendizaje de estos comportamientos a

través del aprendizaje observacional o vicario, la imitación, la interiorización, la imitación y la identificación con esas necesarias pautas comportamentales.

Sus habilidades sociales, su capacidad afectiva y la posibilidad de desarrollar en el futuro un cierto talante asertivo quedan definitivamente truncadas. De aquí que surjan muchas dificultades en el propio proceso de socialización.

Desde la perspectiva de la psicopatología, la ausencia del padre, según numerosos investigadores, lleva consigo, además de la pobreza, otras muchas consecuencias como el aumento de las tasas de suicidio juvenil (la tercera causa principal de muerte entre adolescentes en EE.UU., hasta el punto de que el 5% de ellos cada año lo intenta alguna vez, según el «National Center for Health Statistics»), de enfermedades mentales, de la violencia y el consumo de drogas (según «The National Journal», la población actual de adictos a la cocaína y al crack es de 2.9 millones, y permanece estable).

A las ya referidas se añaden otras posibles alteraciones como los trastornos de conducta y de aprendizaje; la hiperactividad; los déficit de atención; las dificultades para diferir las gratificaciones; el fracaso escolar; el consumo de tabaco y alcohol, las tempranas y frecuentes experiencias sexuales y, en algunos casos, actos criminales de vandalismo y violencia indiscriminada.

Entre otros comportamientos desajustados, cabe hacer mención especial de ciertos datos relativos a EE. UU., como el millón de embarazadas adolescentes anualmente (una de cada diez adolescentes, en las que la mitad de esos embarazos finaliza en aborto); los tres millones de adolescentes que en la actualidad

padecen enfermedades de transmisión sexual; el aumento de hijos extramatrimoniales (en las tres últimas décadas se ha incrementado en un 400%. El 21% y el 65.2% de los niños blanco y negros, respectivamente, que cada año nacen en EE.UU. proceden de madres solteras); y de los casi tres millones de casos de abuso infantil que se han comunicado.

El tiempo promedio de exposición diaria a la televisión, de acuerdo con algunos investigadores, ha sido de siete horas cuatro minutos, estimándose que cada joven menor de 18 años ha presenciado por término medio alrededor de 15.000 muertes en la pantalla y eso a pesar de que el 56% de la población adulta opina que la televisión influye más en los valores juveniles —y a través de éstos en su comportamiento— que los padres, profesores y líderes religiosos, conjuntamente considerados.

En síntesis, que según los datos disponibles, durante las tres últimas décadas se han incrementado en EE.UU. los crímenes violentos (en un 560%) y los nacimientos fuera del matrimonio (en el 400%), mientras se ha cuadruplicado la tasa de divorcios, triplicado el número de niños que viven con sólo la madre e incrementado el suicidio de los adolescentes (200%).

El así denominado «niño difícil» es también muy frecuente entre los hijos apartidas y se caracteriza por ser un hijo nervioso, obstinado, reivindicativo, al que le gusta llamar la atención, hostil, irritable, cruel. que manifiesta numerosos trastornos psicopatológicos (vómitos, diarreas, cefaleas, etc.) y psicopatológicos (insomnio, ansiedad, intolerancia a la frustración, baja autoestima, inseguridad, etc.). No es infrecuente que responda mal cuando se le corrige o lleva la contraria. Cuando se le exige, es frecuente que responda con crisis explosivas y desproporcionadas —espe-

cialmente dirigidas contra la madre-, que resultan amenazantes para la convivencia familiar y que, en ningún caso, debieran permitirse. El desarrollo de estos niños puede alterarse profundamente y prolongarse, cuando adultos, en auténticas enfermedades psiquiátricas.

El Síndrome de Peter Pan (Polaino-Lorente, 1999), es también frecuente entre los niños que estuvieron faltos de padre. Consiste este Síndrome en una especie de neurosis del «eterno niño», que ni crece ni quiere crecer, y que no logra adquirir ciertas habilidades que son necesarias para la autonomía y poder conducirse en el mundo con libertad y responsabilidad personales. En cierto modo manifiestan la misma conducta que su padre, quien desde otra perspectiva también se ha refugiado en el egotismo insolidario. Puede afirmarse que el niño aprende e imita el egoísmo de su padre. Algunos de los padres ausentes, cuando estalla el conflicto en estos niños, transforman su permisividad en tiranía, su tolerancia en agresividad y su indiferencia en férreo y rígido voluntarismo.

Sería un despropósito atribuir todas las consecuencias anteriores a sólo la ausencia del padre. Pero en un cierto sentido muchas de ellas se habrían evitado si el padre no se ausentara —física y psicológicamente— de su familia o si, al menos, no se desentendiera de sus naturales responsabilidades como educador.

### ¿CÓMO COMPAGINAR FAMILIA Y TRABAJO, Y NO MORIR EN EL INTENTO?

Se enumeran a continuación diez principios que, de cumplirse, podrían contribuir a ayudar a muchos padres a tratar de con-

ciliar, de forma equilibrada, su dedicación a la familia y al trabajo. Para que sean eficaces estos principios, que se enumeran a continuación, exigen una cierta reflexión por parte de la pareja y el necesario diálogo acerca de ellos y de cómo incorporarlos a sus vidas.

1. Establecer una jerarquía de valores, y un orden natural entre medios y fines.
2. Saber «cortar» a tiempo con el trabajo.
3. No relativizar lo absoluto y no absolutizar lo relativo.
4. Distinguir lo importante de lo urgente, tanto en la familia como en el trabajo.
5. Cuidar el encuentro hombre-mujer, a fin de que las otras relaciones entre ellos (esposo-esposa y padre-madre) no anulen o sofoquen ese necesario encuentro que ha de producirse entre ellos como varón y mujer.
6. Hacer una pausa antes de entrar en casa y otra pausa antes de acoger o escuchar al otro.
7. No llevarse trabajo a casa.
8. Prever y organizar, con el tiempo necesario, los planes de ocio y descanso durante los fines de semana.
9. La familia es una institución bicéfala: Diseñar una política de suplencias, alternancias, sustituciones, complementariedades, equivalencias, suplementariedades, etc., de

manera que se multiplique y no se divida el esfuerzo que realiza cada uno de ellos.

10. Apelar a los abuelos y, mediante la necesaria creatividad, recurrir a otras opciones alternativas, de manera que padre y madre puedan descansar y encontrarse, de vez en cuando, a solas.

### EL PAPEL INSUSTITUIBLE DEL PADRE Y LA MADRE EN LA FAMILIA

La sociedad actual está un poco impregnada de la imagen negativa que sostuvo Kafka acerca del padre. En su libro *Cartas a mi padre*, un libro desolador y deprimente, el autor fustiga a su padre y a sus hábitos de comportamiento, de forma inmisericorde. Ese triste modelo es, en mi opinión, uno de los que ha tenido más adeptos. Lo que es absolutamente imprescindible corregir, pues, de lo contrario, la conciliación entre familia y trabajo seguirá siendo una utopía.

También los padres tienen corazón, aunque a veces no lo parece por la sencilla razón de que no saben expresar sus emociones. Ha habido errores culturales que también han contribuido a situar al padre en un segundo o tercer puesto en el contexto familiar. Por poner un ejemplo, la ternura se ha predicado siempre de la mujer y sólo de ella, lo que en modo alguno es cierto. El hombre es tan tierno o más que la mujer, aunque la ternura masculina y la femenina sean diferentes y no coincidan. Pero, de hecho, la mayoría de las mujeres conocen y saben mucho acerca de esta ternura masculina. En cierto modo, porque es lo que más desean de su marido: que sea tierno.

Esa ternura del padre, en cierta manera, es la que también necesitan los hijos. No se trata de una ternura feminoide, no, sino de una ternura viril. Es la ternura que manifiesta un padre cuando, por ejemplo, mira con compasión al hijo y le anima, aunque lo esté haciendo mal. El padre no está distraído, sino muy atento, y por eso se da cuenta de que su hijo no lo está haciendo bien, pero con toda paciencia le sigue animando: «porque tú puedes» –le dice.

Es la ternura que tiene un marido con su mujer, que nunca la ha dejado sola, que cuando la ve nerviosa no le importa recibir los golpes y el impacto de su nerviosismo mal controlado, que le echa una mano –lo que a ella le da una gran seguridad–, en un momento de apuro. Cuando una mujer se siente segura suele crecerse, poco importa las pocas o muchas dificultades que en torno a ella se concitan. Por contra, cuando una mujer se siente sola, no puede con casi nada. El que se sienta sola o acompañada, segura o insegura, depende en gran parte de que su marido la apoye y se muestre tierno con ella. De aquí que los papeles del hombre y la mujer en la vida de familia sean intransferibles, complementarios y ambos necesarios.

Los niños no observan como los adultos, pero los niños también observan. Lo primero que hace un niño es observar, explorar el mundo. Tal vez, por eso, están casi siempre con los ojillos atentos mirando a hurtadillas a lo que sucede a su alrededor. Los niños, antes que nada, son espectadores. Lo primero que es un niño es observar el mundo, actuar como un espectador que se dedica a observar. Una vez que ya lo ha observado, ¿qué hace a continuación? Imitar lo que ha observado, lo que le convierte en actor o actriz. El niño y la niña imitan a su papá, imitan a las personas mayores. Basta con que ustedes se den media vuelta y

observarán cómo sus hijos les están imitando en lo que acaban de hacer. Pero todavía no ha salido el propio personaje que cada niño lleva dentro de él.

El niño aprende a través de un proceso en el que sigue la secuencia de observador, actor e imitador. ¿Qué acontece después? Que el niño se identifica con la persona a la que imita y, por tanto, interioriza lo que ha observado e imitado de su padre. Cuando digo que lo interioriza no quiero decir que lo copia exactamente, como si fuera un mero ser clonado. El niño se inspira en lo que ha imitado y en lo que ha observado en su padre, y sólo después lo hace suyo. Y, al hacerlo suyo, le imprime la configuración especialísima que es característica singular de su modo de ser personal. Tal vez por eso, los hijos jamás son clones repetidos e isomórficos de sus respectivos padres, sino seres originales, únicos e irrepetibles.

Pero si el tiempo de exposición del hijo respecto de su padre es muy corto, si el niño no tiene nada que observar porque nunca coincide con su padre, si al niño no se da la opción de imitar porque nunca sale con su padre, si no comenta lo que observa en la televisión con su padre, si jamás ha jugado un partido de tenis con su padre, ¿cómo va a sentirse autor de lo que tiene dentro, del que tanto depende su desenvolvimiento personal en el mundo? En unas circunstancias como estas, lo lógico es que su propio yo sea muy vulnerable. El niño ve cómo su padre resuelve un problema y cómo su padre dice un «taco» cuando se ha dado con el martillo en el dedo, por lo que también él, probablemente, diga ese taco, en una ocasión parecida.

Dicho de forma muy breve, que entre los derechos del niño habría que incluir el siguiente: todo niño tiene derecho a tener

padre y, naturalmente, a convivir con él; y a tener madre y a convivir con ella; y a presenciar cómo su padre y su madre se quieren. El niño tiene derecho al amor entre su padre y su madre, porque ese vínculo afectivo entre ellos forma parte del mismo vínculo afectivo que al le une a sus padres.

En esto reside la educación sentimental, en su sentido más profundo, que indirectamente los hijos reciben. Bastaría con que preguntaran a sus maridos: ¿Dónde y cómo aprendieron a tratar a sus mujeres, en el modo peculiar que a cada uno de ellos le caracteriza? La mayoría de ellos lo aprendió observando cómo su padre trataba a su madre, y por eso, hoy, muchas de ustedes son tratadas por sus respectivos maridos de una forma parecida.

Si de verdad quieren educar los sentimientos de sus hijos, díganme cómo se comportan sus respectivos maridos con ustedes, y ustedes con ellos, especialmente en presencia de los hijos. No se trata de estar todo el día haciendo «manitas» entre ustedes, pero sí se trata de que si una mujer dice una cosa, delante de los hijos, el marido la apoya, aunque a él le parezca que se ha equivocado. Y si algún hijo se muestra reticente, el padre le dirá, también en esa ocasión: «Tu madre casi nunca se equivoca».

Un niño a los nueve años no puede decir a su madre que es «tonta» y el padre, que está presente en esa ocasión, continuar leyendo el periódico, como si aquello no tuviera importancia o no fuese cosa que a él personalmente le interpela. Si un hijo falta el respeto a su madre —lo que ahora es relativamente habitual—, el padre ha de intervenir. En una ocasión así, lo que el padre puede hacer es dejar el periódico y levantarse del asiento con mucha calma y decir a su hijo: «Oye, ven, ven conmigo, que te quiero decir algo muy importante».

El padre se reúne con su hijo a solas en otra habitación, se sienta a un palmo frente a él, le mira fijamente a los ojos, le coge la cara entre las dos manos, y con mucho cariño le dice: «Mira, tu madre es para mí la persona que más quiero en este mundo, incluso, si me apuras, te diré que casi como a ti o más que a ti. Si alguien le dijera a tu madre por la calle lo que tú le has dicho yo —probablemente, igual que harías tú— la defendería y llegaría hasta la agresión física. Como tú eres mi hijo y te quiero mucho no te voy a agredir, pero tienes que saber que si me quieres hacer daño, si me quieres hacer sufrir a tope no tienes más que decir otra vez lo que has dicho a tu madre. Pero si lo haces, yo a lo mejor no me controlo y te respondo físicamente. ¿Me perdonas que sea así de claro? Dame un abrazo y un beso, y espero que hayas aprendido para siempre esta lección, que queda entre nosotros».

Si el padre se comporta de esta forma, lo esperable es que su hijo no vuelva a faltar el respeto a su esposa. Pero si el padre no interviene, si continúa leyendo el periódico o sigue viendo la televisión y nada dice, es posible que el hijo malinterprete el comportamiento de su padre y hasta pueda llegar a pensar que a su padre le gusta que sus hijos varones maltraten a las mujeres, aunque en este caso la maltratada sea su esposa. ¿Cómo tratará a su mujer, un niño que aprende a comportarse de la forma en que lo ha hecho con su madre, en connivencia con el silencio y la indiferencia de su padre?

Hay una poesía, cuya lectura les recomiendo, de forma encarecida. Es un poquito larga, pero la voy a leer despacio —espero leerla bien—, para que se enteren. Su título: Romance del hijo (I). Su autor: un autor español muy conocido: José María Pemán (1897-1981). En este texto puede apreciarse cómo es, precisa-

mente, la relación entre padre e hijo: una relación biunívoca, recíproca y bidireccional, en la que ambos se necesitan y apoyan, en la que cada uno de ellos aprende del otro. Dice así el padre, a propósito de su hijo:

#### ROMANCES DEL HIJO (I)

¡Yo he puesto mi eternidad  
en un capullo tan tierno  
que parece que fuera  
con solo verlo, a tronchar!  
En una vida tan frágil  
entera mi vida está.  
Ya la fuente brava y turbia  
de mi vida, no se pierde  
por las breñas, al saltar.  
Ya las recogió, entre flores,  
un arroyo de cristal.  
Ya se la llevó cantando  
no sé qué canción de paz.  
¡Hijo de mi alma y de mi carne!  
¡Vida nueva, arroyo claro,  
capullo de mi rosal!  
Toma en tus días que llegan  
estos días que se van.  
Unidas mis aguas turbias  
a las tuyas de cristal.  
vamos, como al mar los ríos  
los dos a una eternidad.  
Yo, el fuerte y el orgulloso,  
no se a solas caminar.  
Se viene encima la noche,

se acaban los caminos  
y las fuerzas se me van.  
¡Ven, rama nueva y florida  
que se me acaba la senda  
y yo la quiero alargar  
apoyando mi cansancio  
sobre tu fragilidad!  
Ven, vida nueva, tesoro  
de sol, de luz, de idea...  
Dame un poco de esas cosas  
que yo perdí por la senda  
a fuerza de derrochar.  
Volveré por ti a ser rico  
cuando estaba pobre ya.  
¡Vida nueva! ¡Arroyo claro!  
¡Capullo de mi rosal!  
Sin ti, que eres todo mío,  
¿qué dejara yo detrás?  
Yo soy aquel que soñaba  
eternizarse y triunfar,  
con no sé qué pobres cosas,  
hinchidas de vanidad;  
versos, palabras, rumores,  
olas que vienen y van...  
¡Y ahora tengo un capullo  
cifrada mi eternidad!

En este texto se pone de manifiesto que el padre necesita del hijo, que su trabajo está muy por debajo de su dedicación a los hijos, que esa primera tarea es la más importante de su vida. Sería conveniente estudiar qué consecuencias, qué síndrome se produce tal vez en los padres que, cuando llegan la vejez, se aper-

ciben de que no han disfrutado de su paternidad. Probablemente se perciban como un hombre incompleto e inacabado y, por tanto, imperfecto, que se equivocó profundamente al no estar a la altura que demandaba su familia. De la misma forma que hay un síndrome en los niños apátridas, es muy probable que también lo haya en los padres que no han podido, sabido o querido disfrutar de sus hijos.

Aunque parezca dar un enorme y arriesgado salto en el trampolín del circo, lo que voy a añadir para terminar esta exposición —el estado actual de las políticas familiares— tiene mucho que ver con la conciliación entre la familia y el trabajo. Sin familia, no hay hijos sanos; sin familia, no hay sociedad; sin sociedad, no hay Estado. Con sólo hijos enfermos, no hay ni sociedad, ni Estado. Si el 50% de la población infantil tiene que ir al psiquiatra, todos habremos de pagar más a Hacienda; se hipotecará la rentabilidad y el rendimiento laboral de las futuras generaciones; ingresará menos dinero en las arcas del Estado; se reducirán las pensiones; y todos seremos más desgraciados. Nos va en ello la calidad de vida que tengamos en la ancianidad. Sin las necesarias y justas políticas familiares es harto difícil que haya familias y empresas, e innovadoras formas de conciliar familia y trabajo, y sin ellas resulta imposible el desarrollo sostenible del Estado.

Se cumple así lo que escribía Juan Pablo II (1979) en *Persona, Familia y Sociedad*: «Cual es la familia, tal es la nación, porque tal es el hombre». Por último, considero que uno de los factores que más pueden contribuir a la conciliación entre familia y trabajo es la unión hombre-mujer dentro del matrimonio. En definitiva, que también ante este problema parece ser una gran verdad aquello de que «El matrimonio unido jamás será vencido!»

## **BIBLIOGRAFÍA**

- JUAN PABLO II (1979). *Persona, Familia y Sociedad*.
- PEMÁN, J. M. (1990). Romances del hijo (I), en *Obras completas*. Palabra. Madrid.
- POLAINO-LORENTE, A. (2004). La conciliación trabajo/familia y sus implicaciones en la sociedad civil: transformaciones sociales y tendencias de futuro, en Sagardoy Bengoechea, J. A., y De la Torre García, C. (Directores). *La conciliación entre el trabajo y la familia. Ediciones Cinca*. Madrid, págs. 82-103.
- POLAINO LORENTE (2004). *Familia y autoestima*. Ariel. Barcelona.
- POLAINO LORENTE, A. (2003). *En busca de la autoestima perdida*. Desclee de Brouwer. Bilbao.
- POLAINO LORENTE, A. (1999). *¿Síndrome de Peter Pan? Los hijos que no se van de casa*. Desclee De Brower. Bilbao.
- POLAINO LORENTE, A. (1993). La ausencia del padre y los hijos apátridas en la sociedad actual. *Revista Española de Pedagogía*, LI, 196: 427-461.
- VARGAS, T. y POLAINO LORENTE, A. (1996). *La familia del deficiente mental. Un estudio sobre el apego afectivo*. Pirámide. Madrid.

## **MESA REDONDA**